

que el socialismo será internacional, plena y francamente internacional o dejará de existir. Con el mayor empeño, los intereses creados vierten sobre el internacionalismo todo el descrédito de que son capaces sus órganos más autorizados; pero, a la sombra y sin que nadie lo proclame en alto, los hombres de negocios se han organizado internacionalmente antes que los obreros. Lo que de parte de éstos es vitando y contrario a la civilización, aquellos lo ponen en práctica sin escrúpulo de ningún género, pues, en rigor, han comprendido que las conquistas científicas de la hora presente hacen del mundo un solo mercado, aunque no aceptan que sea una sola familia.

La prensa y los hacendistas.

Los grandes hacendistas empiezan a trabajar internacionalmente. Se habla de consorcios para revivir y explotar a Rusia. En Francia una vasta combinación internacional aspira a dominar en Europa la industria siderúrgica; y su fuerza es ya tal que compra diarios antiguos y famosos con la serenidad de quien regatea el alquiler de un inmueble. La prensa europea va perdiendo su independencia a medida que se ensancha el radio de acción de los hombres que crean situaciones financieras e improvisan valores a la vista de multitudes atónitas. Celosos de su poder y suspicaces hasta el límite de lo absurdo, los hombres de negocios han menester en Europa o el apoyo o el silencio de los diarios. La prensa, de su lado, parece haber adquirido una noción enfermiza de su responsabilidad y usa de todo género de cautelas para hablar de las operaciones en que están comprometidos los grandes promotores de empresas industriales o de banca. La responsabilidad, en efecto, es enorme. Un diario publicado en Londres, en París, en Berlín, es leído por un millón de personas y se dirige a un público que se cuenta por centenares de millones. Los redactores de estos enormes voceros de la opinión trepidan naturalmente ante la idea de sugerir o poner de presente, sin ambages, los peligros de una operación bursátil en que está empeñada la fortuna de unos pocos, los ahorros de muchos millares de seres incautos. Si uno quiere leer grandes verdades sobre la situación de los negocios en Europa no debe buscarlas en los diarios de Londres o París. Importa para eso leer los diarios de las pequeñas capitales. Un periódico publicado en Copenhague, por ejemplo, no se siente dolorosamente cohibido para decir la verdad. Se dirige a una población de dos o tres millones de habitantes. Fuera de Dinamarca es

apenas leído en Noruega, en Suecia, naciones pequeñas cuya actividad es enorme comparada con su población, pero resulta casi imperceptible si se la compara con las cifras estadísticas de las grandes naciones europeas. Leo en «Politiken» de Copenhague de 2 de febrero una crónica financiera cuyo autor afirma que el «hombre del pueblo no tiene razón ninguna especial para cifrar su admiración o su amor en el «brasseur d'affaires», según fué la moda pasajera de hace algún tiempo: en muchos casos su fama ha sido falsa; y recientemente se ha visto que la gente se dejaba engañar por prestidigitadores de alto bordo... Entre las grandes fortunas estadounidenses se encuentra más a menudo testimonio de golpes de mano, de jugadas temerarias, de simple despojo que de talento constructivo o grandes capacidades administrativas». Acaso haya exageración en estas palabras, mas no puede negarse que corren las naciones un gran peligro dejando su suerte en manos de gente como ésta.

¿Es gobernar un negocio?

Es preciso establecer la diferencia entre los requerimientos de la ciencia administrativa según se aplique a gobernar a los hombres o a crear y desenvolver negocios. El fundamento de la moral del hombre de negocios es producir al menor precio posible y vender tan caro como lo consientan las circunstancias. Para satisfacer esa aspiración la tendencia predominante es a suprimir la competencia. Así se han creado los grandes «trusts» y las combinaciones de manufactureros y fabricantes denominadas «carteles». Los promotores y explotadores de los «trusts» aseguran que estas instituciones han ejercido su actividad en beneficio del público, haciendo posible la producción a un precio ínfimo de las cosas necesarias, y afirman, además, que el «trust» les puede servir de modelo a los que pretenden organizar el estado de acuerdo con las teorías socialistas. Todo ello está muy bien, del punto de vista del negociante; pero los fines del Gobierno son completamente distintos. El Gobierno no administra con el fin de producir barato y vender caro. Los servicios encomendados a su cuidado deben ejecutarse económicamente en beneficio de la comunidad, sin fin lucrativo alguno. Una vía férrea administrada por compañías privadas se preocupa ante todo de pagar un elevado interés sobre el capital invertido por los accionistas. No ha de descuidar las reparaciones, ni la substitución del material deteriorado, ni la creación de reservas para años malos y para desarrollar el servicio o construir nuevas líneas. Mas,

hiciera todo esto y no lograra pagar un interés plausible sobre el capital real ficticio que aparece en sus libros, la compañía privada no tendría razón de ser. Si la vía es propiedad nacional y está administrada por el Gobierno, el objeto principal no es pagar interés sobre el valor de la construcción sino suministrar a la comunidad el mejor servicio posible al precio más bajo que consientan las necesidades de la línea, el porvenir de las regiones que atraviesa, la reparación constante del material, etc.

Es la diferencia que media entre el club y el hotel. No se asocian en club unos caballeros con el objeto de explotarse mutuamente ni menos de explotar al público con el cual no tienen contacto. El hotelero funda su hotel para preparar en grande escala y por procedimientos baratos, manjares que vende con enorme beneficio. Si no hay beneficio, no hay hotel. En el club, los asociados contribuyen para mantener la institución a la altura que tuvieron en mientes los que la fundaron. En el hotel cada parroquiano paga el doble, el cuádruple de lo que valen las cosas para que la empresa sea un negocio. La noción de Gobierno tiene grandes semejanzas con la administración del club; el hotel se parece a las compañías privadas y es, en efecto, una de ellas.

El hombre de negocios no es «necesariamente» un buen administrador de la cosa pública. Puede llegar a serlo si aplica sus talentos a una tarea diversa, fija siempre la imaginación en el principio de que el Gobierno existe en beneficio de los asociados, que no hay público para explotar, ni capitales para imponer a un rédito especial, ni competencias que eliminar, ni bancarrotas a que hacer frente; porque un país no quiebra nunca. Puede no tener con qué pagar sus deudas, pero su deuda es eterna como su territorio, mientras no la pague.

El trust y el socialismo.

INGLATERRA está pasando actualmente por la terrible crisis mental de imaginarse que no la sacarán adelante en la obra de gobernarse, sino los hombres de negocios. Parte considerable de sus males procede, a mi entender, de la colaboración muy asidua que tuvieron en el Gobierno, durante la guerra, los hombres de negocios. Y no solamente en Londres soplan estos vientos de «trustificación». El diario antes citado pone estos comentarios al margen de la situación financiera internacional: «En secreto, la política exterior de los grandes estados se transforma de manera que la alta finanza sea la que, prácticamente, rija los movimientos del tablero interna-